

EL CIERVO, EL LEÓN Y EL ÁGUILA

4º

Un joven príncipe tenía una vez una malvada madrastra que deseaba que un hijo heredara el reino. Contrató a un cazador para que llevara al príncipe al bosque y le diera muerte. El cazador sin embargo, no quería matar al niño y lo llevó a la parte más silvestre de la foresta, dejándolo allí para que lo devoraran los animales salvajes.

El joven príncipe no conocía el miedo. Comía bayas y nueces y bebía de los arroyos y las lagunas. Dormía bajo los árboles y vagaba por la selva, pleno de maravilla y amor a la vista de los pájaros que anidaban y las bestias que merodeaban. Vivía y se movía tan callado y suavemente, que los animales silvestres no escapaban de él, sino que lo dejaban estar entre ellos cuanto quisiera.

Un día encontró a un ciervo cuya cornamenta se había enredado en las ramas de un árbol y no podía bajar su cabeza para comer. El príncipe se acercó a él y soltó sus cuernos de las ramas. El ciervo podría haberse ido libremente, pero al proseguir el príncipe su camino, el ciervo lo siguió y no se alejó de su lado. Se transformó en su compañero, viajaba con él a todas partes y a menudo lo llevaba feliz sobre su grupa.

Otro día, en el bosque resonó un fuerte rugido y el príncipe y el ciervo buscaron y hallaron a un león que había caído en una red tendida por los cazadores. Sin miedo, el príncipe se acercó a la infeliz bestia y soltó las cuerdas que la ataban. Ahora el león era libre. Podría haber saltado sobre el ciervo y el niño y haberlos devorado con sus fuertes mandíbulas, pero en vez de hacerlo lamió tiernamente la mano del niño que lo había liberado y al alejarse el príncipe y el ciervo, el león los siguió y se convirtió en su compañero.

No pasó mucho tiempo y los tres amigos se encontraron con un águila que yacía adolorida al pie de un alto risco. Una de sus alas había sido atravesada por la flecha de un cazador. El príncipe se aproximó al gran pájaro, sacó la flecha de su ala y acarició su cabeza. Mientras el águila se recuperaba de su herida, el príncipe le trajo comida y agua. Finalmente sanó y voló alto en los cielos, pero al proseguir el príncipe, el ciervo y el león su camino, el águila los siguió y se transformó en su compañera.

Y así fue que estos cuatro vivían juntos como amigos. El ciervo llevaba al príncipe sobre su grupa cuando este se sentía cansado. El león hacía guardia mientras dormía. El águila volaba por encima de ellos, cuidándolos y apartándolos de los lugares peligrosos,

El príncipe vivió con sus tres fieles compañeros durante mucho tiempo, hasta transformarse en un hombre joven, y de cada uno de sus amigos aprendió una lección para

la vida.

Del ciervo aprendió a mantener el paso seguro en los lugares más peligrosos, porque él lo llevaba por angostos senderos en la roca, bordeando abruptos precipicios.

Del león aprendió el coraje, porque él cuidaba de la vida del príncipe como la suya propia.

Del águila aprendió la vigilancia, porque al volar alto, ella podía observar todo lo que se hallaba por delante.

Ahora que el príncipe se había hecho un hombre joven, recordó el reino de su padre y un gran deseo de regresar a él llenó su corazón. Sus compañeros veían que cada día se ponía más más solemne y melancólico.

Como habían aprendido a hablar entre ellos, le preguntaron por qué no era feliz. Les contó que había llegado el momento de regresar al palacio de su padre y de vivir una vez más con otros seres humanos. Las tres bestias amaban tiernamente a su príncipe y no querían que los dejara, pero aun así deseaban verlo feliz.

"Te guiaré hacia el reino de tu padre", dijo el águila, "pero la flecha que extrajiste de mi ala me encontrará nuevamente."

"Te llevaré hasta las puertas del palacio", dijo el ciervo, "pero quedaré nuevamente atrapado en las ramas de un árbol y los soldados del rey me darán muerte para comer mi carne."

"Te cuidaré de aquéllos que podrían intentar impedirte llegar a tu reino", dijo el león "pero los cazadores que me atraparon antes, me capturarán nuevamente."

Y aconteció tal como las bestias lo habían predicho.

Cuando el águila volaba en círculos sobre el palacio del rey, indicando el camino al joven príncipe, un cazador apuntó con su arco y la flecha atravesó su corazón.

El príncipe llegó a la puerta del palacio sobre el lomo del ciervo y desmontó para entrar a pie. Los guardias del palacio y sus perros persiguieron al ciervo y lo llevaron hasta el bosque, sus cuernos quedaron atrapados en las ramas de un árbol y no pudo escapar a la muerte en manos de los soldados.

Como el león rugió y saltó sobre los guardias para que el príncipe pudiera entrar en el palacio, los cazadores tiraron una red sobre él y le dieron muerte con sus lanzas.

Mientras tanto, el anciano rey, al escuchar la conmoción, vino a la puerta y reconoció a su hijo a quién había dado por muerto hacía mucho tiempo. Lo abrazó y lo guió hacia el interior del palacio, La malvada reina había muerto hacía mucho tiempo envenenada por sus propios errores, y el joven príncipe recibió el reino de manos de su padre,

No es fácil ser un rey que gobierna con sabiduría; pero sucedió una cosa extraña. A pesar de que el ciervo, el león y el águila habían muerto, se hallaban todavía tan cercanos al príncipe, que parecían formar parte de él.

Cuando, como rey, necesitaba estar atento, sentía al águila que se cernía en torno a su cabeza.

Al necesitar del coraje, sentía el gran corazón del león que pulsaba cerca del suyo.

Y cuando debía pisar sobre suelo seguro al pasar por algún peligro, podía sentir las fuertes y delicadas extremidades del ciervo, que lo llevaban por buen camino, sin vacilar ni tropezar.

Entonces llegó a ser un gran rey, porque poseía la visión del águila, el coraje del león y la estabilidad del ciervo.

*Un águila mira las cosas desde una gran altura;
el corazón del león es fuerte;
un ciervo resiste contemplativamente.*

*¡En mí viven
sabiduría, coraje y buena voluntad!
¡Con ellas voy al mundo con respeto y amistad!*

Aportación de Ronaldo Weisser